

BOOKS BETWEEN

HORSES AND MULES

Recibido: agosto 3 de 2020

Aprobado: agosto 19 de 2020

LIBROS ENTRE

CABALLOS Y MULAS

MIGUEL ÁNGEL GALLO

Nadie se da cuenta al tener un libro en las manos, el esfuerzo, el dolor, la vigilia, la sangre que ha costado. El libro es sin disputa la obra mayor de la humanidad.

—Irene Vallejo: Manifiesto por la lectura, Siruela, 2020.

Un libro abierto es un cerebro que habla; cerrado un amigo que espera; olvidado, un alma que perdona; destruido, un corazón que llora.

— Proverbio hindú

Acabo de leer un libro sorprendente cuyo tema es la historia de los libros en la antigüedad y que, por lo mismo, se detiene un poco antes del invento de Gutenberg, que revolucionó al mundo de la cultura y a la sociedad en general.

Y este libro maravilloso comienza con unos jinetes que, en tiempos de Ptolomeo van en busca de... ¡libros! La idea del gobernante era formar la biblioteca más fabulosa del mundo conocido: la de Alejandría.

Este libro termina con unas mujeres que, montadas en mulas, transportan un gran tesoro en los tiempos de la depresión económica de 1929. Ese tesoro está formado por ¡libros! Y su función: llevar el conocimiento a los lugares más apartados del

norte de Estados Unidos, tal vez tomando como modelo (por qué no) a las misiones culturales de José Vasconcelos.

Los prodigios del ser humano como un animal creador y las infamias como destructor de cultura son narrados por Irene Vallejo, no sólo con erudición, sino con una belleza casi poética que denota su amor por las letras. Léase esto, por ejemplo: “Nuestra piel es una gran página en blanco; el cuerpo, un libro. El tiempo va escribiendo poco a poco su historia en las caras, en los brazos, por los vientres, en los sexos, en las piernas”.

O esto otro:

Cada creador intenta ser rebelde a su manera -como todos los demás-. Seguimos siendo fieles a un conjunto de ideas románticas: la libertad es el oxígeno de los verdaderos artistas, y la literatura que nos importa es aquella que construye mundos propios, un lenguaje liberado de convencionalismos y formas inexploradas de narrar. (Vallejo, 2019).

Y en esto da una lección, una gran lección a muchos investigadores y muchos otros profesionistas de diversa índole que suponen cierto divorcio entre el conocimiento especializado y un buen estilo literario.

El historiador español José Enrique Ruiz-Dom-nec es contundente respecto al tema:

MIGUEL ÁNGEL GALLO

Licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Profesor fundador del plantel Oriente del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) de la UNAM. Ha sido propuesto en dos ocasiones para el Premio Universidad Nacional. Es formador de profesores y ha impartido cursos y conferencias en las universidades de Yucatán, Guerrero, Michoacán, Durango, Estado de México y en la de la Ciudad de México, así como en los bachilleratos del Instituto Politécnico Nacional (IPN), del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), Colegio de Bachilleres, Escuela Nacional Preparatoria, CCH y preparatorias oficiales del Estado de México. Profesor fundador del Bachillerato a Distancia de la UNAM, B@UNAM. Desarrollador de las asignaturas de historia del mismo bachillerato. Es autor de más de 100 libros de texto de Nivel Medio Superior en el país. Director fundador de la revista *HistoriAgenda* (fundada en 1991).



La idea del gobernante era formar la biblioteca más fabulosa del mundo conocido: la de Alejandría”.

[...] no perderé el tiempo en discutir el falso dilema creado por algunos representantes del mundo académico cuando sostienen que la erudición está reñida con la buena escritura; sólo recordaré una vez más que los historiadores influyentes han sido siempre y sin excepción, grandes escritores. (Ruiz-Domènec, 2006).

Ruiz-Domènec cita, entre otros, a Heródoto, Tucídides, Maquiavelo, Voltaire, Huizinga, y yo agregó a Marx, Braudel, Hobsbawm y Carlo Ginzburg.

La idea anterior, se puede generalizar a muchos científicos, sobre todo a los de las ciencias mal llamadas “exactas” o “duras”, que, al despreciar las humanidades, meten en el mismo cajón a la literatura y, con ello, ignoran su conocimiento y su práctica.

Tal vez, como lectores, deberíamos seguir el ejemplo del escritor español Juan José Millás, quien afirma:

Yo no tengo mucha formación científica pero cuando leo un libro científico lo veo desde la literatura, y suelo decir que la lectura de la literatura científica igual que la literatura de la poesía me pone a cien y lo hace porque me estimula mucho debido a que una de las primeras obligaciones de la literatura científica es la precisión y la precisión es poética, la precisión es literatura.

Mucho hay que decir al respecto, pues, a mi modo de ver, existen varios niveles entre el escribir, entendido simplemente

como redactar, el hacerlo bien, con belleza, y, finalmente, llegar a lo poético, aquello que literalmente nos conmueve, como lo hace Irene Vallejo en varias ocasiones a lo largo de su libro.

Y es que no debemos olvidar lo que escribió George Steiner: “Todos los actos filosóficos, todo intento de pensar, con la posible excepción de la lógica formal (matemática) y simbólica, son irremediablemente lingüísticos”.

Y más allá, nos dice el mismo autor que: “En toda filosofía, admitió Sartre, hay una —prosa literaria oculta—”.

Irene Vallejo hace a un lado otro dogma de quienes escriben historia: la narración lineal. Y entonces va de aquí para allá, como Pedro por su casa, haciendo a un lado el pasado “ordenado” de los siglos.

Lo mismo ocurre con los temas: la lectura como un monopolio e instrumento de dominio de una casta gobernante y sacerdotal; la edificación y el funcionamiento de las grandes bibliotecas de la antigüedad, con todo y el éxodo de los sabios judíos, griegos, bizantinos y posteriormente árabes; la mujer como lectora y como escritora; el tema de las traducciones; la destrucción de los libros; la práctica lectora y sus cambios; los diversos soportes de los libros y sus características; en fin, tantos y tantos temas.

Hagamos un repaso acerca de algunos de los temas que aborda la escritora y que más han llamado la atención, obviamente, sin agotarlos.





Paralelamente a los comentarios sobre la obra de Vallejo, contemos aspectos de la historia de los libros:

- Es importante distinguir entre la palabra oral y la escrita. Uno de los hechos culturales más importantes de la historia es la invención de la escritura. Con el surgimiento de la escritura, sin embargo, no desaparece del todo la tradición oral. Para no ir más lejos,

la lectura en voz alta fue durante siglos una práctica común.

- Al parecer las primeras formas de escritura son las tablillas de arcilla de los sumerios, con signos en forma de cuñas, por lo que se les llamó cuneiforme a la escritura. El instrumento con que se escribía se llamaba *stilus*. ¿De ahí se deriva la palabra “estilo”?
- La escritura es un proceso de abstracción.
- Es un acuerdo universal que con la invención de la escritura aparece la historia propiamente dicha, pues se inicia el registro escrito de sucesos, dinastías, leyendas, mitos y crónicas.
- La piedra fue el soporte más antiguo de escritura que ha llegado hasta nuestros días; pero la madera fue el verdadero soporte del libro, incluso las palabras *biblos* y *liber* tienen, como primera definición, corteza interior de un árbol. Biblia (el libro) proviene de esas raíces. En chino el ideograma del libro son las imágenes en tablas de bambú.
- La planta acuática del papiro es la materia prima del papel; de ahí su nombre. El papiro se aplanaba y se pegaba en tiras para preparar el papel. Pero el papiro no se podía doblar porque se rompía, por eso se enrollaba; en esta forma, los primeros libros eran rollos, que se usaron en Egipto, Grecia y Roma.



Para Irene Vallejo la Biblioteca de Alejandría era una enciclopedia mágica que congregó tanto el saber como las ficciones de la antigüedad, para impedir su dispersión y su pérdida. Al mismo tiempo fue concebida como un espacio nuevo, del que habrían de partir las rutas con rumbo al futuro. La de Alejandría no era sólo una biblioteca, también era un museo.



La Biblioteca de Alejandría era una enciclopedia mágica que congregó tanto el saber como las ficciones de la antigüedad, para impedir su dispersión y su pérdida”.

Se trata, según la autora, de la primera biblioteca pública con pretensiones enciclopédicas, de universal, como las aspiraciones del mismísimo Alejandro, quien no fue su creador, sino Ptolomeo. Por cierto, se cuenta que Alejandro traía consigo siempre un ejemplar de *La Iliada*, tal vez en busca de consejo, pero también de trascendencia.

¿Qué tipo de libros eran los de la Biblioteca de Alejandría? Rollos, rollos de papiro, cuya materia prima provenía de una planta acuática de origen egipcio: el papiro. El papel era trabajado en capas superpuestas hasta quedar preparado para recibir la escritura, pero no se podía doblar porque se rompía; de ahí la necesidad de elaborar rollos, es decir, libros en forma de rollo. ¿Vendrá de ahí la expresión “echarse un rollo”? En lo personal, me encantaría que así fuera.

Consigna Vallejo que la escritura permitió crear un lenguaje complejo que los lectores podían asimilar y meditar con tranquilidad. Se cree que el filósofo presocrático Heráclito fue el primero que escribió un libro filosófico con estas características, o sea que es “todo un rollo filosófico” aquello de que nadie se baña dos veces en el mismo río.

Los libreros, comerciantes de libros, surgieron en el tránsito del siglo v al iv a. C. Se les llamaba *bybliopólai* (vendedores de libros).

La autora de *El infinito en junco* nos habla de las escritoras, diciendo que las primeras son griegas, siendo Safo de Lesbos la más célebre de todas. También cita algunos nombres como Corina, Telesila, Praxila y

Mero. Sin embargo: “La historia de la literatura empieza en forma inesperada. El primer autor del mundo que firma un texto con su propio nombre es una mujer”, y continúa: “Mil quinientos años antes de Homero, Enheduanna, poeta y sacerdotisa, escribió un conjunto de himnos cuyos ecos resuenan todavía en los Salmos de la Biblia”.

Otra mujer extraordinaria fue Aspasia, quien tuvo una influencia muy fuerte en los círculos de poder atenienses en los tiempos de Pericles. Vallejo se sigue de largo con personajes femeninos obtenidos de las tragedias griegas: Antígona, Lisístrata y Medea. Una de las mujeres del coro comenta: “Nosotras también poseemos una musa que nos acompaña en busca de la sabiduría”.



Por cierto, el famoso mural de Rafael, *La Academia*, realizado en las estancias del Vaticano, tiene un anacronismo, pues representa a Aristóteles cargando su libro *Ética*, pero en formato de códice, casi cinco siglos antes de que éste fuera inventado. De más está decir que debió ser un rollo, como los que se usaron en su tiempo.

Hubo rollos cuyo contenido llegó a ser de más de 40 metros. Seguramente la expresión de “aventar o echar un rollo” tiene su origen de este hecho.



Es interesante recordar, como lo hace nuestra autora, que los romanos —que habían sometido militar y políticamente a los griegos— se dejaron subyugar por sus logros



culturales: una buena parte de la cultura escrita romana no es más que una imitación y un homenaje de la griega. Y decimos escrita, puesto que la arquitectura de los romanos aportó varios elementos importantes.



La escritura se inventó alrededor del 5000 a. C; el alfabeto, cerca del 2000 a. C. Finalmente la imprenta, en el 1450 d. C.



Sobre la destrucción de los libros Irene Vallejo nos regala páginas impresionantes, desde la historia hasta la ficción (cita, por ejemplo, a los bomberos destructores de libros en *Fahrenheit 451* de Bradbury, yo agregaría a Sansón Carrasco y el cura vecino de *Don Quijote*, que hacen también su hoguera con los libros de Alonso Quijano: la Inquisición en pleno). Ya en la historia real, habla sobre la destrucción de la biblioteca de Sarajevo en pleno siglo xx, después de un bombardeo sistemático:

Al amanecer habían ardido cientos de miles de volúmenes —libros raros, documentos de la ciudad, colecciones enteras de publicaciones, manuscritos y ediciones únicas—.

Los rescoldos ardieron durante días, humeantes, flotando sobre la ciudad como una nevada oscura. “Mariposas negras”, llamaron los habitantes de Sarajevo a esas cenizas de los libros destruidos.

Este caso nos hace recordar la frase del poeta alemán Heinrich Heine: “Allí donde se queman los libros, se acaba por quemar a los hombres”.



La invención del pergamino se atribuye a un rey de Pérgamo y su producción data del siglo III a. C. Estaba hecho de piel de animal. El pergamino dura más que el papel confeccionado en papiro, pero es mucho más caro. Por esta razón a veces se raspaba la escritura para poder escribir en el mismo soporte: el *palimpsesto* es el papiro en el que se notan aún las palabras o sig-

nos raspados con anterioridad. En el año 850 d. C., se inventan las minúsculas con el propósito de ahorrar algo de espacio. Anotemos que las palabras no se escribían separadas y por ello se inventaron los signos de puntuación.

El códice (*codex*) es un libro, generalmente de forma rectangular, cuyas hojas se podían coser. Sus tapas eran de madera y data de los siglos II y III d. C., aunque se generalizó en los monasterios de la Edad Media. Éste es el origen del libro moderno. No olvidemos que nuestros códices prehispánicos, realizados en corteza de amate, de penca de maguey o de piel de venado, pertenecen, de alguna manera, a ese tipo de libros.

En los libros manuscritos, en rollo o códice, se comenzaron a utilizar las capitulares (primera letra de una página); en ella se pintaban escenas diversas hasta convertir varias páginas en verdaderas obras de arte. Quienes copiaban a mano libros completos habían hecho toda una profesión de ello: eran los copistas, y ésta era la forma en que se podían multiplicar cada una de las obras antes de la imprenta.



Nuestra autora detiene su estudio en el umbral de la invención de la imprenta. Nos esperan grandes sorpresas, pues se supone que ya está trabajando otro estudio a partir de Gutenberg, pero no estaría de más que citáramos los siguientes datos.

Nos dicen Briggs y Burke que:

La práctica de la impresión se difundió por toda Europa gracias a la diáspora de los impresores alemanes. Hacia 1500, las imprentas se habían establecido en más de doscientos cincuenta lugares de Europa [...] Los impresores llegaron a Basilea en 1466, a Roma en 1467, a Pa-

rís y Pilsen en 1468, a Venecia en 1469, a Lovaina, Cracovia y Buda en 1473, a Westminster [...] en 1476 y a Praga en 1477. En total, hacia 1500 estas imprentas produjeron alrededor de 27 777 ediciones, lo que significa —suponiendo una tirada media de 500 ejemplares por edición— que en una Europa de unos cien millones de habitantes circulaban en esos días alrededor de trece millones de libros. (Briggs y Burke, 2006).

Una invitación a la lectura de este maravilloso libro, que nos atrapa desde el título *El infinito en un junco*. Vargas Llosa escribió acerca de esta obra:

El amor a los libros y a la lectura son la atmósfera en la que transcurren las páginas de esta obra maestra. Tengo la seguridad absoluta de que se seguirá leyendo cuando sus lectores de ahora estén ya en la otra vida.

Vallejo, I. (2019). *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*. España: Siruela. Edición en formato digital.

REFERENCIAS

Barbier, F. (2015). *Historia del libro*. Madrid: Alianza Editorial

Briggs, A. y Peter B. (2006). *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*. Ciudad de México: Taurus.

Ruiz-Dom-nec, J. E. (2006). *El reto del historiador*. Barcelona: Península.

Vallejo, I. (2019). *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*. España: Siruela. Edición digital.

Vallejo, I. (2020). *Manifiesto por la lectura*. España: Siruela. Edición digital.